

IV

CINCO MENOS Y UNO MÁS

Después que el desconocido que decretó la «protesta de los cadáveres» hubo hablado y dado la fórmula del sentimiento común, brotó de todos los labios un grito de extraña satisfacción; grito terrible, fúnebre por el sentido y triunfal por el acento.

—¡Viva la muerte! Muramos aquí todos.

—¿Por qué todos?—dijo Enjolras.

—¡Todos! ¡Todos!

—La posición,—dijo Enjolras,—es buena, la barricada es excelente. Treinta hombres bastan, ¿por qué sacrificar cuarenta?

—Porque ninguno querrá marcharse,—replicaron todos.

—Ciudadanos,—replicó Enjolras con cierta vibración, casi de cólera, en la voz;—la república no es bastante rica en hombres para hacer gastos inútiles. La vanagloria es un despilfarro. Si el deber, respecto de algunos, es marcharse, hay que cumplirlo como otro deber cualquiera.

Enjolras, el hombre-principio, tenía sobre sus correligionarios esa especie de omnipotencia que se desprende de lo absoluto, y, con todo, empezaron a oírse murmullos.

Enjolras, jefe hasta la punta de los dedos, viendo que había quién murmurase, insistió y repuso con elevado tono:

—Que los que teman no ser más que treinta, lo digan.

Los murmullos se aumentaron.

—Además,—observó una voz de entre el grupo,—marcharse es más difícil de lo que se piensa. La barricada está cercada por todas partes.

—Menos por el lado de los Mercados,—dijo Enjolras.—La calle de Mondétour está libre, y siguiendo la de Predicadores, se puede llegar al Mercado de los Inocentes.

—Y allí,—añadió otra voz del grupo,—no habrá medio de escapar. Se tropezará con alguna patrulla de tropa de línea, ó de las afueras, que al ver á un hombre de blusa y gorra, preguntará:—¿De dónde vienes? De la barricada tal vez. Y examinando las manos del fugitivo, y notando que huelen á pólvora, le fusilarán.

Enjolras, sin responder, tocó á Combeferre en el hombro, y ambos entraron en la sala baja.

Al cabo de un momento salieron. Enjolras traía en sus dos manos los cuatro uniformes que había mandado reservar, y Combeferre le seguía con las correas y los chacós.

—Vistiendo este uniforme,—dijo Enjolras,—es fácil mezclarse en las filas y huir. Hay para cuatro personas.

Y arrojó en el suelo desempedrado los cuatro uniformes.

Nadie se movió en aquel estoico auditorio. Combeferre tomó la palabra.

—Vamos,—dijo,—es preciso tener algo de lástima. ¿Sabéis de qué se trata aquí? Pues se trata de las pobres mujeres. Veamos. ¿Hay ó no hay esposas, hijos,

madres que mecen la cuna con sus piés y que tienen al rededor de sí montones de chicuelos? Aquel de entre vosotros que no ha sentido jamás el calor del seno materno, levante la mano. ¡Ah! ¿Queréis morir? También yo, yo que os hablo; pero no quiero ver junto á mí espectros de mujeres, torciéndose los brazos en su desesperación. Morid, si lo deseáis; pero no causéis la muerte. Los suicidios, como el que va á verificarse aquí, son sublimes; pero el suicidio debe reducirse á estrechos límites, y en cuanto se extienda á vuestros parientes, toma el nombre de asesinato. Pensad en las cabecitas rubias; pensad en los cabellos blancos. Oid. Enjolras acaba de decirme que ha visto hace poco, en la esquina de la calle del Cisne, una ventana de un quinto piso alumbrada, y al través de los vidrios, la vacilante sombra de una cabeza de anciana, que tenía trazas de haber pasado la noche aguardando. Quizá sea la madre de alguno de vosotros. Pues bien; ese que se marche; que se dé prisa á ir en busca de su madre y decirle:—¡Madre, aquí estoy! Y que vaya tranquilo, pues no dejaremos por eso de cumplir nuestro deber. Cuando se sostiene á sus parientes con el trabajo de sus brazos, no hay derecho á sacrificarse, porque equivale á desertar de la familia. Pero ¡y los que tienen hijos, hermanas! ¿Habéis pensado bien en ello? Desafiáis la muerte, morís; perfectamente. Pero ¿y mañana? Ahí quedan esas jóvenes sin pan... ¡Porvenir terrible! El hombre mendiga; la mujer vende. ¡Ah! Esos seres hermosos tan llenos de gracia y dulzura, que se adornan la cabeza con gorros de flores, que bañan la casa de castidad, que cantan, que charlan, que son como un perfume vivo, que prueban la existencia de los ángeles en el cielo con la pureza de las vírgenes en la tierra; esa Juana, esa Luisa, esa Lola, adorables y honestas criaturas, vuestra bendición y

vuestro orgullo... ¡van ¡Dios mío! á tener hambre! ¿Qué queréis que os diga? Hay un mercado de carne humana; y para alejarlas de él no bastarán vuestras manos de espectros, trémulas á su alrededor! Pensad en la calle, pensad en el baldosado cubiertos de transeuntes, pensad en las tiendas, por delante de las cuales pasan y vuelven á pasar mujeres descotadas y sumidas en el fango. También esas mujeres han sido puras. Los que tenéis hermanas, ¡pensad en ellas! La miseria, la prostitución, los municipales, San Lázaro, tales son los abismos que se abren ante esas delicadas y bonitas jóvenes, frágiles maravillas de pudor, donaire y belleza, más frescas que las lilas del mes de mayo. ¡Ah! ¡Habéis muerto! ¡No estáis ya á su lado! Perfectamente; habéis querido librar al pueblo de los reyes ¡y entregáis á la policía vuestras hijas! ¡Amigos, tened á lo menos compasión! ¡Se piensa de ordinario tan poco en las mujeres, en las infelices mujeres! Se fia en que no han recibido la educación de los hombres; se les impide leer, pensar, ocuparse en política... Pero ¿les impediréis que vayan esta tarde á la Morgue, y que conozcan allí vuestros cadáveres? ¡Ea! Es preciso que los que tengan familia sean buenos muchachos, nos den un apretón de manos y se marchen, dejándonos aquí solos con nuestra obra. Comprendo que se necesita valor para marcharse: es difícil; pero cuanta más dificultad, más mérito. Dícese: Tengo un fusil, estoy en la barricada y me quedo. Son cosas que se dicen pronto; pero, amigos míos, hay un mañana, y ese mañana no amanecerá para vosotros y sí para vuestras familias. ¡Y cuántos padecimientos! ¿Sabéis lo que es un lindo niño, sano, con mejillas de rosa, que picotea y retoza, y ríe, y exhala dulce frescor al besarle, en cuanto se le abandona? He visto uno que apenas levantaba del suelo. Su padre había muerto,

y unas pobres gentes le habían recogido por caridad. Pero es el caso que no tenían pan para sí y el niño estaba siempre con hambre. Era en invierno. No lloraba. Veíasele arrimarse á la estufa, donde jamás había lumbre, y cuyo tubo, como sabéis, se pega con betún amarillo. El pobre niño arrancaba con sus deditos un poco de aquel betún y se lo comía. Tenía la respiración ronca, la cara lívida, las piernas flojas, el vientre abultado. No decía nada. Si le hablaban, no respondía. Ha muerto. Le llevaron á morir al hospicio de Necker, y estando yo allí de interno le ví. Ahora, si hay entre vosotros padres, padres que consideran una dicha ir á pasar el domingo, teniendo en su robusta mano la manita de su hijo, figúrense en aquel niño el suyo. ¡Cuidadillo! Me parece aún verle desnudo en la mesa de las disecciones anatómicas, con las costillas asomándole bajo la piel, como las fosas bajo la hierba de un cementerio. Se le encontró una cosa parecida á cieno en el estómago, y ceniza en los dientes. ¡Vamos! Probemos á consultar nuestra conciencia y nuestro corazón. La estadística demuestra que la mortalidad de los niños abandonados es de cincuenta y cinco por ciento. Lo repito; aquí se trata de las esposas, de las madres, de los hijos, de los chiquitines. ¿Se os habla acaso de vuestras personas? Harto se sabe lo que valéis; harto se sabe que sois todos unos valientes; ¡pardiez! que os alegráis y envanecéis de dar la vida por la santa causa; que os sentís elegidos para morir útil y magníficamente, y que todos vosotros queréis participar del triunfo. Enhorabuena. Pero no estáis solos en el mundo. Hay otras personas en quienes es preciso pensar, y no debemos ser egoístas.

Todos bajaron la cabeza con aire sombrío.

¡Extrañas condiciones del corazón humano en los momentos más sublimes! Combeferre, que ha-

blaba así, no era huérfano. Acordábase de las madres de los otros y olvidaba la suya. Iba á morir; era egoísta.

Mario, en ayunas, calenturiento, sucesivamente burlado en todas sus esperanzas, encallado en el dolor, el más sombrío de los naufragios, saturado de emociones violentas y sintiendo aproximarse el fin, estaba cada vez más sumido en ese visionario estupor que precede siempre á la hora fatal, voluntariamente aceptada.

Un fisiólogo hubiera podido estudiar en él los síntomas crecientes de esa absorción febril, conocida y clasificada por la ciencia, y que es, respecto del padecimiento, lo que la voluptuosidad respecto del placer. También la desesperación tiene su éxtasis, y ese era el éxtasis de Mario. Asistía á todo lo que allí pasaba, como si lo contemplase desde afuera. Según hemos dicho antes, las cosas que sucedían á su vista, se le figuraban lejanas; aunque distinguía el conjunto, no percibía los pormenores. Veía á los que iban y venían al través de un inmenso resplandor. Las voces llegaban á él, como si saliesen del fondo de un abismo.

Esto, sin embargo, le conmovió. Había en aquella escena algo que penetró hasta él y le despertó. Su única idea era morir, y no quería distraerse de ella un solo instante; pero comprendió, en su sonambulismo fúnebre, que por el mero hecho de perderse, no le estaba vedado salvar á alguno. Levantó la voz.

—Enjolras y Combeferre tienen razón,—dijo;— nada de sacrificios inútiles. Opino como ellos, y hay que darse prisa. Lo que Combeferre os ha dicho no admite réplica. Entre vosotros se cuentan algunos que tienen familias, madres, hermanas, esposas, hijos. Salgan, pues, de las filas.

Nadie se movió.

—Salgan de las filas los hombres casados y los que son el sostén de sus familias,—repitió Mario.

Su autoridad era grande, pues si bien se consideraba á Enjolras como jefe de la barricada, mirábase á Mario como su salvador.

—Lo mando,—gritó Enjolras.

—Os lo ruego,—dijo Mario.

Entonces, conmovidos por el discurso de Combeferre, por la orden de Enjolras y por la súplica de Mario, aquellos hombres heroicos empezaron á denunciarse.

—Cierto,—decía un joven á un hombre ya formado,—tú eres padre de familia. Márchate.

—A tí es á quien toca irse,—respondía aquel hombre,—pues mantienes á tus dos hermanas.

Empeñóse una lucha inaudita, no queriendo ninguno dejarse poner á la puerta del sepulcro.

—Despachemos,—dijo Combeferre;—dentro de un cuarto de hora ya no será tiempo.

—Ciudadanos,—prosiguió Enjolras,—reina aquí la república y con ella el sufragio universal. Designad vosotros mismos las personas que hayan de marcharse.

Se obedeció esta orden. Al cabo de algunos minutos fueron designados cinco por unanimidad, y salieron de las filas.

—¡Son cinco!—exclamó Mario.

No había más que cuatro uniformes.

—¡Bueno!—dijeron los cinco.—Es preciso que se quede uno.

Y empezó de nuevo el generoso certamen, buscando cada cual razones para no marcharse y para convencer á los demás de que debían hacerlo.

—Tú tienes una esposa que te ama.

—Tú tienes á tu anciana madre.

—Tú no tienes padre ni madre; ¿qué va á ser de tus tres hermanitos?

—Tú eres padre de cinco hijos.

—Tú tienes derecho á vivir, pues sólo cuentas diez y siete años. Morirías demasiado pronto.

Las grandes barricadas revolucionarias eran centros de heroísmo. Lo inverosímil parecía allí sencillo, y aquellos hombres no se admiraban unos de otros.

—Despachad,—repitió Courfeyrac.

Desde los grupos gritaron á Mario:

—Designad vos el que deba quedarse.

—Si,—dijeron los cinco;—elegid y obedeceremos.

Mario no se creía ya capaz de emoción, y, sin embargo, á la idea de elegir un hombre para la muerte, toda su sangre refluyó hacia el corazón. Se hubiera puesto pálido, si le hubiera sido aún posible palidecer.

Dirigióse á los cinco, que le aguardaban con la sonrisa en los labios, y cada cual, brillando en sus ojos esa gran llama que se ve en el fondo de la historia en las Termópilas, le gritaba:

—¡Yo!, ¡yo!, ¡yo!

Mario los contó, como estúpido. No había remedio: ¡eran cinco! Luego fijó la vista en los cuatro uniformes.

En aquel instante el quinto uniforme cayó, como si lo arrojasen del cielo, sobre los otros cuatro.

El quinto hombre se había salvado.

Mario alzó los ojos y conoció al señor Fauchelevent.

Juan Valjean acababa de entrar en la barricada.

Sea en virtud de aviso recibido, sea por instinto, sea debido á la casualidad, llegaba por la callejuela de Mondétour, y gracias á su uniforme de guardia nacional, nadie le había puesto obstáculo.

El centinela que los insurrectos apostaron en la calle de Mondétour no creyó deber dar la señal de alarma, tratándose de un guardia nacional sólo. Dejóle internarse en la calle, diciendo para sí:—Probablemente es un refuerzo, y cuando turbio corra, un prisionero. El momento era demasiado grave para que el centinela pudiera distraerse de su deber y separarse de su puesto de observación.

Al entrar Valjean en el reducto, nadie advirtió en él, pues todos los ojos estaban fijos en los cinco individuos elegidos y en los cuatro uniformes. Juan Valjean había visto y oído todo; y despojándose silenciosamente de su uniforme, lo arrojó, según queda relatado.

La emoción fué indescriptible.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Bossuet.

—Un hombre que salva á los demás,—contestó Combeferre.

Mario añadió con voz grave:

—Le conozco.

No se necesitaba de más fianza.

Enjolras se volvió á Juan Valjean:

—Bien venido seáis, ciudadano.

Y añadió:

—Supongo sabréis que vamos á morir.

Juan Valjean, sin responder, ayudó al insurrecto, á quien acababa de salvar, á vestirse el uniforme.

V

DONDE SE DIRÁ EL HORIZONTE QUE SE DESCUBRE
DE LO ALTO DE LA BARRICADA

La situación de todos en aquella hora fatal y en aquel sitio inexorable, tenía por resultante y por vértice la suprema melancolía de Enjolras.

Enjolras reunía en su persona la plenitud de la revolución, y, sin embargo, era tan incompleto como lo absoluto puede serlo. Tenía demasiado de Saint-Just, y no lo bastante de Anacarsis Clootz. Sin embargo, en la sociedad de los amigos del A B C, su espíritu había acabado por experimentar la influencia de las ideas de Combeferre. Hacía algún tiempo que, saliendo poco á poco de la forma estrecha del dogma, cedía al empuje del progreso, llegando á aceptar, como evolución definitiva y magnífica, la transformación de la gran república francesa en inmensa república humana. En cuanto á los medios inmediatos, dada una situación violenta, queríalos también violentos; en esta parte no había variado, y permanecía fiel á la escuela épica y formidable, que se resume en este número: 93.

Enjolras estaba de pie en la escalera de adoquines, con un codo apoyado en el cañón de su carabina. Meditaba, y de vez en cuando se estremecía, como si sintiese pasar un hálito misterioso... En los para-